ELENA CASTRO.

Á MANUEL ACUÑA.

Derramaba sus últimos fulgores
El moribundo sol;
La brisa de la tarde suspiraba
Con lánguido rumor,
Y en los árboles secos la torcaza
Lanzaba su canción,
En tanto que en el cauce del arroyo,
Que el invierno secó,
Susurraban las hojas amarillas
Algo como un adiós.....
Marchando lentamente, doblegado
Á impulso del dolor,
Un niño caminaba, de los campos
Por la vasta extensión.
Las lágrimas brotaban de sus ojos,
Y con supremo amor,
Miraba muchas veces, muchas veces,
Hacia una población,
Que se estaba envolviendo, de la noche
En el negro crespón,
Y que se iba alejando lentamente,
Como el grato fulgor,
Con que alumbró la soledad del alma
La primera ilusión;
Como se van perdiendo los perfumes
De aquella blanca flor,

Que durante la aurora de la vida
En el alma brotó.....
Aquel niño tan triste, devorando
Á solas su dolor,
En un arranque de pesar sublime
Dijo con tierna voz:

—"Adios, mi santo hogar, hogar amado;
Adiós, hogar bendito,
En cuyo seno viven los recuerdos
Más queridos del alma.....
Pedazo de ese azul en donde anidan
Mis ilusiones cándidas de niño,
¡Quién sabe si mis ojos
No volverán á verte!
¡Quién sabe si hoy te envío
El adios de la muerte!
Mas si el destino rudo
Ha de darme morir bajo tu techo;
Si el ave de la selva
Ha de plegar las alas en su nido;
Guárdame mi tesoro, hogar querido;
Guárdame mi tesoro hasta que vuelva."

Y en tanto, allá, llorando y abatida
Por terrible aflicción,
Una madre rezaba junto al lecho,
Un lecho que quedó
Desierto, como el alma que ha perdido
Su postrera ilusión.....
Cuatro años han pasado: el que era niño
Es casi joven hoy;
Brilla en sus ojos el fulgor del genio,
La santa inspiración,
Que pudiera juzgarse como un lazo
Entre el poeta y Dios.

Un cuarto miserable, donde apenas
Entra la luz del sol;
Pero donde germinan esperanzas,
Que luz del alma son:
Y allí, con sus ensueños, el poeta,
Buscando en el amor,
Los sublimes placeres inefables
Que anhela el corazón.
Y allí, los soñadores sus hermanos;
Los hijos del dolor,
Que no han probado aún la amarga copa
Que les reserva Dios;
Y que sueñan, y gozan, y consagran
Su talento precoz,
Y el fuego juvenil al sacerdocio
Que el cielo les marcó,
Y que si da laureles á la frente
Desgarra el corazón.
¡Oh santuario bendito, que las puertas
De un porvenir abrió!
¡Vida de sacrificio y esperanzas,
De angustia y de ilusión!
¡Horizonte que muestra en lontananza
La cumbre del Tabor!
¡Nido de donde el águila saldría
Con inmenso vigor,
Para lanzar su vuelo formidable
Del cielo en la extensión!
¡Grupo de donde, ambicionando gloria,
El poeta salió
Para hacer escuchar en todas partes
Su poderosa voz!
Y los sabios entonces le aplaudieron;
Y el mundo le aplaudió,
Pagando con laureles y con palmas
Su divina ambición.

¡Triunfos! ¡Coronación de los ensueños
Que su mente forjó!
¡Sonrisas que mandaba desde lejos,
En su inmensa pasión,
Á aquella madre tierna que anhelaba
Besar la bella flor,
Que en capullo la mano del destino,
De su lado arrancó.....
Dos años transcurrieron. El poeta,
Víctima del dolor,
Cruzaba su camino de victorias,
Sintiendo en su interior,
Algo como esa angustia indefinida,
Ese pesar atroz,
Que en desierto convierte la existencia
Y en momia el corazón.

Hoy existe una tumba donde triste,
El genio del dolor,
Velando de rodillas, se estremece
De angustia y de aflicción.
Allí de la amistad la santa ofrenda
En lágrimas llegó,
Y también la amistad en este sitio,
Consagra con fervor,
Lágrimas al amigo, y al poeta
Santa veneración.
Acuña, te alejaste: tu partida
En palma nos dejó
Tu santuario, y tu lámpara que brilla,
Como si fuera un sol.

CONSUELO FENOCHIO.

EL PROGRESO.

El cierzo del invierno sopla triste;
El vapor que del mar sube, condensa;
Desciende luego la neblina intensa,
Y parece que sólo niebla existe.

Después el temporal dura y persiste,
Hasta que aquella mole obscura y densa,
Blanco sudario de extensión inmensa,
Al majestuoso sol ya no resiste.

Lo mismo es la ignorancia en esta vida;
Que cuando al sér humano ofusca aleve,
Su actividad dejando adormecida,

Vacila, pierde fuerza, tarda mueve
Sus negras alas, y huye confundida
Ante la luz del siglo diez y nueve.

DOLORES M. DE LEÓN.

EN UN ÁLBUM.

Á MI AMIGA LA SEÑORITA G. ALVA.

Cuando perdí á mis padres, tierna amiga,
Y me juzgué en la vida, sola, errante,
Fiebre sintió mi pecho delirante,
Desfallecer sentí mi corazón.
Ni el llanto mitigaba mis pesares;
Sola con mi dolor y con mi duelo,
Al cielo demandaba en mi desvelo
Tuviera de mis penas compasión.

Dame, Señor, le dije conmovida,
Una amiga que sienta mis tormentos;
Que calme mis horribles sufrimientos
Con las dulces palabras de amistad.
Y el Eterno escuchando mi plegaria,
En tí me dió la amiga apetecida;
La que me dijo luego enternecida:
"Seré tu compañera en la orfandad."

Y me estrechaste en tus amantes brazos,
Y con sonrisa de placer me hablaste;
Con tus dulces palabras me embriagaste,
Palabras que te inspira la virtud.
Tú eres la amiga que envidiable y buena,
¡Ay! en mis horas de quebranto lloras;
La que consuelas mis amargas horas
Cuando tienes tus horas de inquietud.

Mas yo también con tus pesares sufro;
Y al mirar tu semblante dolorido,
Siento mi corazón entristecido,
Y anublada mi frente de pesar.
Enjuga el llanto de tus bellos ojos;
Olvida tu dolor, hermana mía,
Un momento no más en este día;
Que tiempo queda de poder llorar.....

MARIA M. BROWNE.

AL TIEMPO.

Tiempo implacable, que en veloz carrera
Pasas dejando lacerada el alma,
Y destrozando con tu mano fiera
Amor, ternura y venturosa calma.

Tú que en constante, eterno movimiento,
Sigues tu marcha desoyendo el llanto;
Tú que ríes ¡cruel! del sufrimiento,
Desplegando sobre él tu espeso manto:

Tú que te muestras fiero y obcecado,
Al llanto aterrador del alma herida,
Detén tu paso..... genio despiadado;
Por un momento tu misión descuida.

Quiero que veas el obscuro abismo
Do el hado negro de mi suerte impía,
Al hacerse la sombra de sí mismo,
Ha sepultado la existencia mía.

Detén tu vuelo ¡oh tiempo! y luego..... ¡olvida!
Sí; olvida que mi espíritu cansado,
Al recordarte su ilusión querida,
Con sus ayes tu marcha ha dilatado.